

3320

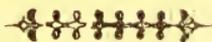
Lia

Devoción de la  
Cruz

---



LA DEVOCION DE LA CRUZ.



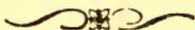
CALDERON DE LA BARCA.

## PERSONAS



Eusebio.  
Curcio, *viejo*.  
Lisardo.  
Octavio.  
Alberto, *viejo*.  
Celio. |  
Ricardo. | *Bandoleros*  
Chilindrina. |  
Gil, *villano gracioso*.  
Bras. |  
Tirso. | *Villanos*.  
Toribio. |  
Julia, *dama*.  
Arminda, *criada*.  
Menga, *villana graciosa*.  
Bandoleros y villanos.

## LA DEVOCION DE LA CRUZ.



## JORNADA I.

Dicen dentro Menga y Gil.

*Men.* Verà por dó và la burra.

*Gil.* Jó dimuño, jó mohina.

*Men.* Ya verà por dó camina:  
harre acà.

*Gil.* El diablo te aburra!  
¿no hay quién una cola tenga,  
pudiendo tenella mil?

*(Salen los dos.)*

*Men.* Buena hacienda has hecho, Gil,

*Gil.* Buena hacienda has hecho, Menga,  
pues tú la culpa tuviste;  
que como ibas caballera,  
que en el hoyo se metiera  
al oido la dijiste,  
por hacerme regañar.

*Men.* Por verme caer á mí,  
se lo dijiste, eso sí.

*Gil.* ¿Cómo la hemos de sacar?

*Men.* ¿Pues en el lodo la dejas?

*Gil.* No puede mi fuerza sola.

*Men.* Yo tiraré de la cola,  
tira tú de las orejas.

*Cil.* Mejor remedio sería  
hacer el que aprovechó  
á un coche, que se atascó  
en la corte esotro dia.  
Este coche, Dios delante,  
que arrastrados de dos potros,  
parecia entre los otros  
pobre coche vergonzante)  
y por maldicion muy cierta  
de sus padres (hado esquivo!)  
iba de estribo en estribo,  
ya que no de puerta en puerta,  
en un arroyo atascado,  
con ruegos el caballero,  
con azotes el cochero,  
ya por fuerza, ya por grado,  
ya por gusto, ya por miedo,  
que saliesen procuraban.  
Por recio que lo mandaban  
mi coche quedo que quedo.  
Viendo que no importan nada  
cuantos remedios hicieron,  
delante el coche pusieron  
un arnero de cebada.  
Los caballos, por comer,  
de tal manera tiraron,  
que tosieron y arrancaron;  
y esto podemos hacer.  
¡Que nunca valen dos cuartos  
us cuentos!

Menga, yo siento  
un animal hambriento,  
de hay animales hartos:  
y al camino á mirar.

si pasa de nuestra aldea  
gente, cualquiera que sea,  
porque te venga á ayudar,  
pues te das tan pocas mañas.

*Gil.* ¿Vuelves, Menga, à tu porfia?

*Men.* ¡Ay burra del alma mía!

*(vase.)*

*Gil.* ¡Ay burra de mis entrañas!  
tú fuiste la mas honrada  
burra de toda la aldea;  
que no ha habido quien te vea  
nunca mal acompañada.  
No eras nada callejera,  
de mejor gana te estabas  
en tu pesebre, que andabas  
cuando te llevaban fuera.  
Pues altanera y liviana,  
bien me atrevo á jurar yo,  
que ningun burro la vió  
asomada à la ventana,  
Yo sé que no merecia  
su lengua desdicha tal,  
pues jamás para habrar mal  
dijo aquesta boca es mia.  
Pues como à ella la sobre  
de lo que comiendo está,  
luego al punto se lo dà  
à alguna borrica pobre.

*(Dentro ruido.)*

¿Mas qué ruido es este? Allí  
de dos caballos se apean  
dos hombres, y hàcia mi vienen  
despues que atados los dejan  
¿Descoloridos, y al campo  
de mañana? Cosa es cierta

que comen barro, ó están  
 opilados. Mas si fueran  
 bandoleros; ¡aquí es ello!  
 pero lo que fuere sea,  
 aquí me escondo; que andan,  
 que corren, que salen, que entran. (*escónd.*)

Salen Lisardo y Eusebio.

*Lis.* No pasemos adelante,  
 porque esta estancia encubierta  
 y apartada del camino,  
 es para mi intento buena.  
 Sacad, Eusebio, la espada,  
 que yo de aquesta manera  
 à los hombres como vos  
 sacó á reñir.

*Eus.* Aunque tenga  
 bastante causa en haber  
 llegado al campo, quisiera  
 saber lo que á vos os mueve.  
 Decid, Lisardo, la queja  
 que de mí teneis.

*Lis.* Son tantas,  
 que falta voz á la lengua,  
 razones á la razon,  
 y al sufrimiento paciencia,  
 Quisiera, Eusebio, callarlas,  
 y aún olvidarlas quisiera;  
 porque cuando se repiten,  
 hacen de nuevo la ofensa.  
 ¡Conoceis estos papeles?

*Eus.* Arrojadlos en la tierra,  
 y los alzaré.

*Lis.* Tomad.

¿Qué os suspendeis? ¿qué os altera?

*Eus.* Mal haya el hombre, mal haya  
mil veces aquel que entrega  
sus secretos à un papel;  
porque es disparada piedra  
que se sabe quien la tira,  
y no sabe á quien llega.

*Lis.* Habéislos ya conocido?

*Eus.* Todos están de mi letra,  
que no la puedo negar.

*Lis.* Pues yo soy Lisardo, en Sena,  
hijo de Lisardo Curcio.

Bien escusadas grandezas  
de mi padre consumieron  
en breve tiempo la hacienda  
que los suyos le dejaron;  
que no sabe cuanto yerra  
quien, por excesivos gastos,  
pobres á sus hijos deja.

Pero la necesidad,  
aunque ultraje la nobleza,  
no escusa de obligaciones  
á los que nacen con ellas.  
Julia pues, (¡saben los cielos,  
cuanto en nombrarla me pesa!)  
ó no supo conservarlas,  
ó no llegó à conocerlas;  
pero al fin, Julia es mi hermana  
¡plugiera à Dios no lo fueras!  
Y advertid, que no se sirven  
las mugeres de sus prendas  
con amorosos papeles,  
con razones lisongeras,  
con ilícitos recados,

ni con infames terceras.  
No os culpo en el todo á vos;  
que yo confieso que hiciera  
lo mismo, á darme una dama  
para servirla licencia;  
pero cúlpooos en la parte  
de ser mi amigo, y en esta  
con mas culpa os comprende  
la culpa que tuvo ella.  
Si mi hermana os agradó  
para mujer, que no era,  
posible, ni yo lo creo  
que os atrevierais á verla  
con otro fin, ni aun con éste;  
pues, ¡vive Dios! que quisiera  
antes, que con vos casada,  
mirarla á mis manos muerta.  
En fin, si vos la elegisteis  
para mujer, justo fuera  
descubrir vuestros deseos  
á mi padre, ántes que á ella,  
Este era término justo,  
y entónces mi padre viera  
si le estaba bien el darla,  
que pienso que no os la diera;  
porque un caballero pobre,  
cuando en cosas como estas  
no puede medir iguales  
la calidad y la hacienda,  
por no deslucir su sangre  
con una hija doncella,  
hace sagrado un convento;  
que es delito la pobreza.  
Aqueste á Julia mi hermana

con tanta prisa la espera,  
que mañana ha de ser monja  
por voluntad ó por fuerza.  
Y porque no será bien  
que una religiosa tenga  
prendas de tan loco amor  
y de voluntad tan necia,  
à vuestras manos las vuelvo,  
con resolucion tan ciega,  
que no sólo he de quitarlas,  
mas tambien la causa dellas.  
Sacad la espada y aquí  
el uno de los dos muera;  
vos, porque no la sirvais,  
ó yo, porque no lo vea.

*Eus.* Tened, Lisardo, la espada,  
y pues yo he tenido flema  
para oír desprecios míos,  
escuchadme la respuesta;  
y aunque el discurso sea largo  
de mi suceso, y parezca  
que, estando solos los dos  
es demasiada paciencia,  
pues que ya es fuerza reñir,  
y morir el uno es fuerza,  
por si los cielos permiten  
que yo el infelice sea,  
oid prodigios que admiran  
y maravillas que elevan,  
que no es bien que con mi muerte  
eterno silencio tengan.  
Yo no sé quien fué mi padre;  
pero sé que la primera  
cuna fué el pié de una cruz;

y el primer lecho una piedra.  
Raro fué mi nacimiento,  
segun los pastores cuentan  
que de esta suerte me hallaron  
en la falda de esas sierras.  
Tres dias, dicen, que oyeron  
mi llanto, que á la aspereza  
donde estaba, no llegaron  
por el temor de las fieras,  
sin que alguna me ofendiese:  
¿pero quien duda que era  
por respeto de la cruz  
que tenía en mi defensa?  
Hallóme un pastor, que acaso  
buscó una perdida oveja  
en la aspereza del monte,  
y trayéndome á la aldea  
de Eusebio, que no sin causa  
estaba entónces en ella,  
le contó mi prodigioso  
nacimiento, y la clemencia  
del cielo asistió á la soya.  
Mandó en fin que me trajeran  
á su casa, como á hijo  
me dió la crianza en ella.  
Eusebio soy de la cruz  
por su nombre, y por aquella  
que fué mi primera guia,  
y fué mi guarda primera.  
Tomé por gusto las armas,  
por pasatiempo las letrás;  
murió Eusebio, yo quedé  
heredero de su hacienda.  
Si fué prodigioso el parto,

no lo fué ménos la estrella,  
que enemiga me amenaza,  
y piadosa me reserva.  
Tierno infante era en los brazos  
del ama, cuando mi fiera  
condicion, bárbara en todo  
dió de sus rigores muestras;  
pues con solas las encias  
no sin diabólica fuerza,  
partí el pecho de quien tuve  
el dulce alimento; y ella,  
del dolor desesperada,  
y de la cólera ciega,  
en un pozo me arrojó,  
sin que ninguno supiera  
de mí. Oyèndome reir,  
bajaron á él y cuentan  
que estaba sobre las aguas,  
y que con las manos tiernas  
tenia una cruz formada  
y sobre los lãbios puesta.  
Un dia que se abrasaba  
la casa y la llama fiera  
cerraba el paso á la vida  
y á la salida la puerta,  
entre las llamas estuve  
libre, sin que me ofendieran:  
y advertí despues, dudando  
que haya en el fuego clemencia,  
que era dia de la Cruz.  
Tres lustros contaba apenas,  
cuando por el mar fuí á Roma,  
y en una brava tormenta,  
desesperada mi nave

chocó en una oculta peña  
en pedazos dividida,  
por los costados abierta:  
abrazado de un madero  
salí venturoso á tierra,  
y este madero tenia  
forma de cruz. Por las sierras  
de esos montes caminaba  
con otro hombre, y en la senda,  
que dos caminos partia,  
una cruz estaba puesta.  
En tanto que me quedé  
haciendo oracion en ella,  
se adelantó el compañero  
y despues dándome priesa  
para alcanzarle, le hallé  
muerto á las manos sangrientas  
de bandoleros. Un dia,  
riñendo en una pendencia,  
de una estocada caí,  
sin que hiciese resistencia,  
en la tierra; y cuando todos  
pensaron hallarla agena  
de remedio, solo hallaron  
señal de la punta fiera  
en una cruz que traia  
al cuello, que en mi defensa  
recibió el golpe. Cazando  
una vez por la aspereza  
deste monte, se cubrió  
el cielo de nubes negras,  
y publicando con truenos  
al mundo espantosa guerra,  
lanzas arojaba en agua,

balas disparaba en piedras.  
Todos hicieron las hojas  
contra las nubes defensa,  
siendo ya tiendas de campo  
las mas ocultas malezas;  
y un rayo, que fué en el viento  
caliginoso cometa,  
volvió en ceniza à los dos  
que de mí estaban mas cerca.  
Ciego, turbado y confuso  
vuelvo á mirar lo que era,  
y hallé á mi lado una cruz,  
que yo pienso que es la mesma  
que asistió á mi nacimiento,  
y la que yo tengo impresa  
en los pechos; pues los cielos  
me han señalado con ella  
para públicos efectos  
de alguna causa secreta.  
Pero aunque no sé quien soy  
tal espíritu me alienta,  
tal inclinacion me anima  
y tal ánimo me fuerza,  
que por mí me dá valor  
para que á Julia merezca;  
porque no es más la heredada  
que la adquirida nobleza.  
Este soy, y aunque conozco  
la razon, y aunque pudiera  
dar satisfaccion bastante  
á vuestro agravio me ciega  
tanto la pasion de veros  
hablando de esa manera,  
que ni os quiero dar disculpa,

ni os quiero admitir la queja;  
 y pues quereis estorbar  
 que yo su marido sea,  
 aunque su casa la guarde,  
 aunque un convento la tenga,  
 de mi no ha de estar segura;  
 y la que no ha sido buena  
 para mujer, lo será  
 para dama; así desea  
 desesperado mi amor,  
 y ofendida mi paciencia,  
 castigar vuestro desprecio  
 y satisfacer mi afrenta.

*Lis.* Eusebio, donde el acero  
 ha de hablar, calle la lengua.

*Sacan las espadas y riñen, y Lisardo cae en el suelo,  
 y procurando levantarse, torna á caer.*

Herido estoy!

*Eus.* ¿Y no muerto?

*Lis.* No; que en los brazos me queda  
 aliento para..... Ay de mí!  
 faltó á mis plantas la tierra.

*Eus.* Y falte á tu voz la vida.

*Lis.* No me permitas que muera  
 sin confesion.

*Eus.* Muere, infame!

*Lis.* No me mates, por aquella  
 cruz en que Cristo murió.

*Eus.* Aquesa voz te defienda  
 de la muerte. Alza del suelo;  
 que cuando por ella ruegas,  
 falta rigor á la ira,  
 y falta á los brazos fuerza.

Alza del suelo.

*Lis.* No puedo;  
 porque ya en mi sangre envuelta  
 voy despreciando la vida,  
 y el alma pienso que espera  
 á salir, porque entre tantas  
 no sabe cual es la puerta.

*Eus.* Pues fíate de mis brazos,  
 y ámate; que aquí cerca  
 de unos penitentes monges  
 hay una ermita pequeña,  
 donde podrás confesarte  
 si vivo á sus puertas llegas.

*Lis.* Pues yo te doy mi palabra,  
 por esa piedad que muestras,  
 que si yo merezco verme  
 en la divina presencia  
 de Dios, pediré que tú  
 sin confesarte no mueras.

*'Llévale en brazos.*

Sale Gil de donde estaba escondido, y por otra parte Fras, Tirso, Menga  
 y Toribio.

*Gil.* ¡Han visto, lo que le debe!  
 La caridad está buena;  
 pero yo se la perdono.  
 ¡Matarle, y llevarle á cuestras!

*Tor.* ¿Aquí dices que quedaba?

*Men.* Aquí se quedó con ella.

*Tirs.* Mírale allí embelesado.

*Men.* Gil, ¿que mirabas?

*Gil.* ¡Ay Menga!

*Tirs.* ¿Qué te ha sucedido?

*Gil.* ¡Ay Tirso!

*Tor.* ¿Qué viste? Danos respuesta.

*Gil.* ¡Ay Toribio!

*Bras.* Di, ¿que tienes,  
Gil, ó de qué te lamentas?

*Gil.* ¡Ay Bras! ¡ay amigos míos!  
No lo sé mas que una bestia:  
matóle, y cargó con él;  
sin duda à salar le lleva.

*Men.* Quién le mató?

*Gil.* ¿Qué sé yo?

*Tirs.* ¿Quién murió?

*Gil.* No sé quien era.

*Tor.* ¿Quién cargo?

*Gil.* ¿Qué sé yo quien

*Bras.* ¿Y quién le llevó?

*Gil.* Quién quiera.

Pero porque lo sepais,  
venid todos.

*Tirs.* ¿Do nos llevas?

*Gil.* No lo sé; pero venid,  
que los dos van aquí cerca. (*vánse todos.*)

Salen Julia y Arminda.

*Jul.* Déjame, Arminda, llorar  
una libertad perdida,  
pues donde acaba la vida,  
tambien acaba el pesar.  
¿Nunca has visto de una fuente  
bajar un arroyo manso,  
siendo apacible descanso  
el valle de su corriente;  
y cuando le juzgan falto  
de fuerza las flores bellas,  
pasa por encima dellas

rompiendo por lo mas alto?  
 Pues mis penas, mis enojos  
 la misma esperiencia han hecho;  
 detuviéronse en el pecho,  
 y salieron por los ojos.  
 Deja que lllore el rigor  
 de un padre.

*Arm.* Señora, advierte...

*Jul.* ¿Qué mas venturosa suerte  
 hay que morir de dolor?  
 Pena que deja vencida  
 la vida, ser gloria ordena;  
 que no es muy grande la pena  
 que no acaba con la vida.

*Arm.* ¿Qué novedad obligó  
 tu llanto?

*Jul.* ¡Ay Arminda mia!

Cuantos papeles tenia  
 de Eusebio, Lisardo halló  
 en mi escritorio.

*Arm.* ¿Pues él  
 supo que estaban allí?

*Jul.* Como aqueso contra mí  
 hará mi estrella cruel.  
 Yo, (¡ay de mi!) cuando le veía  
 el cuidado con que andaba,  
 pensè que lo sospechaba,  
 pero no que lo sabia.  
 Llegó á mí descolorido,  
 y entre apacible y airado,  
 me dijo que habia jugado,  
 Arminda, y que habia perdido;  
 que una joya le prestase  
 para volver á jugar.

Po: presto que la iba á dar,  
 no aguardó á que la sacase:  
 tomó él la llave y abrió  
 con una cólera inquieta,  
 y en la primera naveta  
 los papeles encontró.

Miróme y volvió á cerrar.  
 Y sin decir nada (¡ay Dios!)  
 buscó á mi padre, y los dos  
 (¿quién duda es para tratar  
 mi muerte?) gran rato hablaron  
 cerrados en su aposento;  
 salieron, y hácia el convento  
 los dos sus pasos guiaron,  
 segun Octavio me dijo.  
 Y si lo que está tratado  
 ya mi padre ha efectuado,  
 con justa causa me aflijo;  
 porque si de aquesta suerte,  
 que ovide á Eusebio desea,  
 ántes que muja me vea,  
 yo misma me daré muerte.

Salé Eusebio

*Eus.* Ninguno tan atrevido;  
 si no tan desesperado,  
 viene á tomar por sagrado  
 la casa del ofendido.

Antes que sepa la muerte  
 de Lisardo Julia bella,  
 hablar quisiera con ella,  
 porque á mi tirana suerte  
 algun remedio consigo,  
 si ignorando mi rigor,

*(aparte.*

puede obligarla el amor  
 á que se venga conmigo;  
 y cuando llegue á saber  
 de Lisardo el hado injusto,  
 hará de la fuerza gusto  
 mirándose en mi poder. —  
 Hermosa Julia?

*Jul.* Qué es esto?

Tú en esta casa?

*Eus.* El rigor  
 de mi desdicha, y tu amor  
 en tal peligro me ha puesto.

*Jul.* ¿Pues cómo has entrado aquí,  
 y emprendes tan loco extremo?

*Eus.* Como la muerte no temo.

*Jul.* Qué es lo que intentas así?

*Eus.* Hoy obligarte deseo,  
 Julia, porque agradecida  
 des á mi amor nueva vida,  
 nueva gloria á mi deseo.  
 Yo he sabido cuanto ofende  
 á tu padre mi cuidado,  
 que á su noticia ha llegado  
 nuestro amor, y que pretende  
 que tú recibas mañana  
 el estado que desea,  
 para que mi dicha sea  
 como mi esperanza vana.

Si ha sido gusto, si ha sido  
 amor el que me has mostrado,  
 si es verdad que me has amado,  
 si es cierto que me has querido,  
 vente conmigo; pues ves  
 que no tiene resistencia

de tu padre la obediencia.  
 Deja tu casa, y despues  
 que habrá mil remedios piensa;  
 pues ya en mi poder, es justo  
 que haga de la fuerza gusto  
 y obligacion de la ofensa.  
 Villas tengo en que guardarte,  
 gente con que defenderte,  
 hacienda para ofrecerte  
 y un alma para adorarte.  
 Si darme vida deseas,  
 si es verdadero tu amor,  
 atrévete, ó el dolor  
 hará que mi muerte veas.

*Jul.* Oye, Eusebio.

*Arm.* Mi señor  
viene, señora.

*Jul.* ¡Ay de mí!

*Eus.* ¿Pudiera hallar contra mi  
la fortuna mas rigor?

*Jul.* Podrá salir?

*Arm.* No es posible  
que se vaya; porque ya  
llamando à la puerta está.

*Jul.* Grave mal!

*Eus.* Pena terrible!  
¿Qué haré?

*Jul.* Esconderte es forzoso.

*Eus.* ¿Dónde?

*Jul.* En aquese aposento.

*Arm.* Presto, que sus pasos sienta.

(*Escóndese Eusebio.*)

Sale Curcio.

*Curc.* Hija, si por el dichoso estado que tú codicias, y que ya seguro tienes, no das à mis parabienes la vida y alma en albricias, del deseo que he tenido no agradeces el cuidado. Todo queda efectuado, y todo tan prevenido, que solo falta ponerte lo mas bizarra y hermosa, para ser de Cristo esposa, mira que dichosa suerte. Hoy aventajas á todas cuantas se ven envidiar, pues te verán celebrar aquestas divinas bodas. ¿Qué dices?

*Jul.* ¿Qué puedo hacer?

*(aparte.*

*Eus.* Yo me doy la muerte aquí, si ella le dice que sí.

*(aparte.*

*Jul.* No sé cómo responder.— Bien, señor, la autoridad de padre, que es preferida, imperio tiene en la vida; pero no en la libertad. ¿Pues que supiera ántes yo tu intento, no fuera bien? ¿Y qué tú, señor, también supieras mi gusto?

*(aparte*

*Curc.* No; que sola mi voluntad

en lo justo ó en lo injusto,  
has de tener tú por gusto.

*Jul.* ¿Sólo tiene libertad  
un hijo para escojer  
estado, que el hado impio  
no fuerza el libre albedrío?  
Déjame pensar y ver  
de espacio eso; y no te espante  
ver que término te pida,  
que el estado de una vida  
no se toma en un instante.

*Curc.* Basta que yo lo he mirado,  
y yo por tí he dado el sí.

*Jul.* Pues si tú vives por mí,  
toma tambien por mí estado.

*Curc.* Calla, infame! calla, loca!  
que haré de aquesse cabello  
un lazo para tu cuello,  
ó sacaré de tu boca  
con mis manos la atrevida  
lengua, que de oír me ofendo.

*Jul.* La libertad te defiendo,  
señor, pero no la vida.  
Acaba su curso triste,  
y acabará tu pesar  
que mal te puedo negar  
la vida que tú me diste.  
La libertad que me dió  
el cielo, es la que te niego.

*Curc.* En este punto à creer llego  
lo que el alma sospechó,  
que no fué buena tú madre,  
y manchó mi honor alguno;  
pues hoy tu error importuno

ofende el honor de un padre,  
á quien el sol no igualó  
en resplandor y belleza,  
sangre, honor, lustre y nobleza.

*Jul.* Eso no hé entendido yo,  
por eso no hé respondido.

*Curc.* Arminda, salte allá fuera.— (Vase *Arm.*)

Y ya que mi pena fiera  
tantos años he tenido  
secreta, de mis enojos  
la ciega pasion obliga,  
á que la lengua te diga  
lo que te han dicho los ojos.  
La Señoría de Sena,  
por dar á mi sangre fama,  
en su nombre me envió  
á dar la obediencia al papa  
Urbano Tercio. Tu madre,  
que con opinion de santa  
fué en Sena comun ejemplo  
de las matronas romanas,  
y aun de las nuestras, (no sé  
como mi lengua la agravia;  
mas, ¡ay infelice! tanto  
la satisfaccion engaña,)  
en Sena quedó, y yo estuve  
en Roma con la embajada  
ocho meses; porque entonces  
por concierto se trataba,  
que esta Señoría fuese  
del Pontifice; Dios haga  
lo que á su estado convenga,  
que aquí importa poco ó nada.  
Volví á Sena, y hallé en ella

(aquí el aliento me falta,  
aquí la lengua enmudece,  
y aquí el ánimo desmaya)  
hallé (¡ay injusto temor!)  
á tu madre tan preñada,  
que para el infeliz parto  
cumplía las nueve faltas.  
Ya me habia prevenido  
por sus mentirosas cartas  
esta desdicha, diciendo  
que, cuando me fui, quedaba  
con sospecha; y yo la tuve  
de mi deshonor tan clara,  
que discurriendo mi agravio,  
imaginé mi desgracia.  
No digo que verdad sea;  
mas quien tiene sangre hidalga  
no ha de aguardar á creer.  
que el imaginar le basta.  
¿Qué importa que un noble sea  
desdichado, (¡o ley tirana  
de honor ó bárbaro fuero  
del mundo!) si la ignorancia  
le disculpa? Mienten, mienten  
las leyes; porque no alcanza  
los misterios al efecto  
quien no previene la causa.  
¿Qué ley culpa à un inocente?  
¿Qué opinion á un libre agravia?  
Miente otra vez; que no es  
deshonra, sino desgracia.  
¡Bueno es que en leyes de honor  
le comprenda tanta infamia  
al Mercurio, que le roba,

como al Argos, que le guarda!  
¿Qué deja el mundo, qué deja,  
si así al inocente infama  
de deshonra, para aquel  
que lo sabe y que lo calla?  
Yo entre tantos pensamientos,  
yo entre confusiones tantas,  
ni vi regalo en la mesa,  
ni hice descanso en la cama.  
Tan desabrido conmigo  
estuve, que me trataba  
como ageno el corazon,  
y como á tirano el alma.  
Y aunque á veces discurría  
en su abono, y aunque hallaba  
verosímil la disculpa.  
pudo en mí tanto la instancia  
del temer que me ofendía,  
que con saber que fué casta,  
tomé de mis pensamientos,  
no de sus culpas, venganza.  
Y porque con más secreto.  
fuese, previne una caza  
fingida; porque á un zeloso  
ficciones solo le agradan.  
Al monte fuí, y cuando todos  
entretenidos estaban  
en su alegre regocijo,  
con amorosas palabras,  
(¡qué bien las dice quien miente!  
¡qué bien las cree quien ama!)  
llevé á Rosmira, tu madre,  
por una senda apartada  
del camino, y divertida

llegó á una secreta estancia  
 deste monte, á cuyo albergue  
 el sol ignoró la entrada;  
 porque se la defendian  
 rústicamente enlazadas,  
 por no decir que amorosas,  
 árboles, hojas y ramas.  
 Aquí pues, adonde apenas  
 huella imprimió mortal planta,  
 solos los dos.....

Sale Arminda.

*Arm.* Si el valor,  
 que el noble pecho acompaña,  
 señor y si la esperiencia  
 que te han dado honrosas canas,  
 en la desdicha presente  
 no te niega ó no te falta,  
 exámen será el valor  
 de tu ànimo.

*Curc.* ¿Qué causa  
 te obliga á que así interrumpas  
 mi razon?

*Arm.* Señor.....

*Curc.* Acaba;  
 que mas la duda me ofende.

*Jul.* Por qué te suspendes? Habla.

*Arm.* No quisiera ser la voz  
 de mi pena y tu desgracia.

*Curc.* No temas deciría tú,  
 pues yo no temo escucharla.

*Arm.* A Lisardo, mi señor.....

*Eus.* Esto solo me faltaba.

*Arm.* Bañado en su sangre traen,

en una silla por andas,  
cuatro rústicos pastores,  
muerto (¡ay Dios!) á puñaladas,  
mas ya á tu presencia llega;  
no le veas.

*Cure.*                   ¿Cielos tantas  
penas para un desdichado?  
¡Ay de mí!

Salen los villanos con Lisardo muerto en una silla, ensangrentado el rostro.

*Jul.*                   ¿Pues qué inhumana  
fuerza ensangrentó la ira  
en su pecho? ¿Qué tirava  
mano se bañó en mi sangre,  
contra su inocencia airada?  
Ay de mí!

*Arm.*                   Mira, señora.

*Bras.* No llegues á verle.

*Cure.*                   Aparta.

*Tirs.* Detente, señor.

*Cure.*                   Amigos  
no puede sufrirlo el alma.  
Dejadme ver ese cadáver frío,  
depósito infeliz de heladas venas,  
ruina del tiempo, estrago del impio  
hado, teatro funesto de mis penas,  
¿qué tirano rigor (¡ay hijo mio!)  
trágico monumento en las arenas  
construyó, porque hiciese en quejas vanas  
mortaja triste de mis blancas canas?

Ay amigos, decid, ¿quién fué homicida  
de un hijo, en cuya vida yo animaba?

*Men.* Gil lo dirá; que, al verle dar la herida,  
oculto entre unos árboles estaba.

*Curc.* Di, amigo, di, ¿quién me quitó esta vida?

*Gil.* Yo solo sé que Eusebio se llamaba cuando con él reñía.

*Curc.* Hay mas deshonra?

Eusebio me ha quitado vida y honra.

*Disculpa* ahora tú de sus crueles *(á Julia.*  
deseos la ambicion; di que concibe  
casto amor, pues, á falta de papeles,  
lascivos gustos con tu sangre escribe.

*Jul.* Señor.....

*Curc.* No me respondas como sueles,  
á tomar hoy estado te apercibe,  
ó apercibe tambien á tu hermosura  
con Lisardo temprana sepultura.  
Los dos á un tiempo el sentimiento esquivo  
en este dia sepultar concierto,  
él muerto al mundo, en mi memoria vivo,  
tú viva al mundo, en mi memoria muerta.  
Y en tanto que el entierro os apercibo,  
porque no huyas cerraré esta puerta.  
Queda con él, porque de aquesta suerte  
lecciones al morirte dé su muerte.

*(Vánse todos, y queda Julia en medio de Lisardo y Eusebio, que sale por otra puerta.*

*Jul.* Mil veces procuro hablarte,  
tirano Eusebio, y mil veces  
el alma duda, el aliento  
falta, y la lengua enmudece.  
No sé, no sé como pueda  
hablar; porque á un tiempo vienen  
envueltas iras piadosas  
entre piedades crueles.  
Quisiera cerrar los ojos  
á aquesta sangre inocente,

que está pidiendo venganza,  
desperdiciando claveles:  
y quisiera hallar disculpa  
en las lágrimas que viertes,  
que al fin heridas y ojos  
son bocas que nunca mienten.  
Y en una mano el amor,  
y en otra el rigor presente,  
à un mismo tiempo quisiera  
castigarte y defenderte.  
Y entre ciegas confusiones  
de pensamientos tan fuertes,  
la clemencia me combate,  
y el sentimiento me vence.  
¿Desta suerte solicitas  
obligarme? ¿desta suerte,  
Eusebio, en vez de finezas,  
con crueldades me pretendes?  
¿Cuando de mi boda el dia  
resuelta esperaba, quieres  
que, en vez de apacibles bodas,  
tristes exequias celebre?  
¿Cuando por tu gusto era  
à mi padre inobediente,  
lutos funestos me das  
en vez de galas alegres?  
¿Cuando, arriesgando mi vida,  
hice posible el quererte,  
en vez de tálamo (¡ay cielos!)  
un sepulcro me previenes?  
¿Y cuando mi mano ofrezco,  
despreciando inconvenientes  
de honor, la tuya bañada  
en mi sangre me la ofreces?

¿Qué gusto tendré en tus brazos,  
si para llegar à verme  
dando vida à nuestro amor,  
voy tropezando en la muerte?  
¿Qué dirà el mundo de mí  
sabiendo que tengo siempre,  
si no presente el agravio,  
quien le cometió presente?  
Pues cuando quiera el olvido  
sepultarle, sólo el verte  
entre mis brazos será  
memoria con que me acuerde.  
Yo entónces, yo, aunque te adore,  
los amorosos placeres  
trocaré en irás, pidiendo  
venganzas; ¿pues cómo quieres  
que viva sujeta un alma  
à efectos tan diferentes,  
que esté esperando el castigo,  
y deseando que no llegue?  
Basta, por lo que te quise,  
perdonarte sin que esperes  
verme en tu vida, ni hablarme.  
Esa ventana, que tiene  
salida al jardín, podrá  
darte paso; por ahí puedes  
escaparte; huye el peligro,  
porque, si mi padre viene,  
no te halle aquí. Vete, Eusebio,  
y mira que no te acuerdes  
de mí; que hoy me pierdes tú,  
porque quisiste perderme.  
Vete, y vive tan dichoso,  
que tengas felicemente

bienes, sin que á los pesares  
pagues pension de los bienes.  
Que yo haré para mi vida  
una celda, prision breve,  
si no sepulcro, pues ya  
mi padre enterrarme quiere.  
Allí lloraré desdichas  
de un hado tan inclemente,  
de una fortuna tan fiera,  
de una inclinacion tan fuerte,  
de un planeta tan opuesto,  
de una estrella tan rebelde,  
de un amor tan desdichado,  
de una mano tan aleve,  
que me ha quitado la vida  
y no me ha dado la muerte,  
porque entre tantos pesares,  
siempre viva, y muera siempre.

*Eus.* Si acaso más que tus voces  
son ya tus manos crueles  
para tomar la venganza,  
rendido á tus pies me tienes.  
Preso me trae mi delito,  
tu amor es la cárcel fuerte,  
las cadenas son mis yerros,  
prisiones que el alma teme,  
verdugo es mi pensamiento;  
si son tus ojos los jueces,  
y ellos me dan la sentencia,  
por fuerza será de muerte.  
Mas dirá entonces la fama  
en su pregon: este muere  
porque quiso, pues que sólo  
es mi delito quererte.

No pienso darte disculpa,  
 no parezca que la tiene  
 tan grande error, sólo quiero  
 que me mates y te vengues.  
 Toma esta daga, y con ella  
 rompe un pecho que te ofende,  
 saca un alma que te adora,  
 y tu misma sangre vierte.  
 Y si no quieres matarme,  
 para que à vengarse llegue  
 tu padre, diré que estoy  
 en tu aposento.

*Jul.* Detente!

Y por última razon,  
 que he de hablarte eternamente,  
 has de hacer lo que te digo.

*Eus.* Yo lo concedo.

*Jul.* Pues vete

adonde guardes tu vida;  
 hacienda tienes, y gente  
 que te podrá defender.

*Eus.* Mejor serà que yo quede  
 sin ella; porque si vivo,  
 será imposible que deje  
 de adorarte, y no has de estar,  
 aunque un convento te encierre,  
 segura.

*Jul.* Guárdate tú,  
 que yo sabré defenderme.

*Eus.* Volveré yo á verte?

*Jul.* No.

*Eus.* No hay remedio?

*Jul.* No le esperes.

*Eus.* ¿Que al fin me aborreces ya?

*Jul.* Haré por aborrecerte.

*Eus.* Olvidarásme!

*Jul.* No sé.

*Eus.* Veréte yo?

*Jul.* Eternamente.

*Eus.* ¿Pues aquel pasado amor.....?

*Jul.* ¿Pues esta sangre presente.....?  
La puerta abren; vete, Eusebio.

*Eus.* Iré por obedecerte.

¡Que no he de volverte à ver!

*Jul.* ¡Que no has de volver á verme!

*Suena ruido, vanse los dos, cada uno por su parte,  
y entran el cuerpo algunos criados.*

## JORNADA II.

*Disparan dentro un arcabuz, y salen Ricardo, Celio y Eusebio en trage  
de bandoleros, con arcabuces.*

*Ric.* Pasó el plomo violento  
su pecho.

*Cel.* Y hace el golpe mas sangriento  
que con su sangre la tragedia imprima  
en tierna flor.

*Eus.* Ponle una cruz encima,  
y perdónele Dios.

*Ric.* Las devociones.  
nunca faltan del todo á los ladrones.

*(Vanse Ricardo y Celio.)*

*Eus.* Y pues mis hados fieros  
me traen á capitan de bandoleros,  
llegarán mis delitos  
á ser, como mis penas, infinitos.  
Como si diera murte  
á Lisardo à traicion, de aquesta suerte  
ni patria me persigue,  
porque su furia y mi despecho obligue

á que guarde una vida,  
 siendo de tantas bárbaro homicida.  
 Mi hacienda me ha quitado,  
 mis villas confiscado,  
 y á tanto rigor llegan,  
 que el sustento me niegan.  
 No toque pasagero  
 el término del monte, si primero  
 no rinde hacienda y vida.

Salen Ricardo y bandoleros con Alberto.

*Ric.* Llegando á ver la boca de la herida.  
 escucha, capitán el mas extraño  
 suceso.

*Eus.* Ya deseo el desengaño.

*Ric.* Hallé el plomo desecho  
 en este libro que tenia en el pecho  
 sin haber penetrado,  
 y al caminante sólo desmayado:  
 vesle aquí sano y bueno.

*Eus.* De espanto estoy y admiraciones lleno.  
 ¿Quién eres, venerable  
 caduco, á quien los cielos admirable  
 han hecho con prodigio milagroso?

*Alb.* Yo soy, oh capitán, el mas dichoso  
 de cuantos hombres hay; que he merecido  
 ser sacerdote indigno, y he leído  
 en Bolonia sagrada teología  
 cuarenta y cuatro años con desvelo;  
 dióme Su Santidad, por este zelo,  
 de Trento el obispado,  
 premiando mis estudios; y admirado  
 yo de ver, que tenía  
 cuenta de tantas almas,

y que apénas la daba de la mia,  
 los laureles dejé, dejé las palmas.  
 y huyendo los engaños,  
 vengo á buscar seguros desengaños  
 en estas soledades,  
 donde viven desnudas las verdades.  
 Paso à Roma, á que el Papa me conceda  
 licencia, capitan, para que pueda  
 fundar un órden santo de eremitas,  
 mas tu saña atrevida  
 quita el hilo á mi suerte y à la vida.

*Eus.* ¡Qué libro es éste, di?

*Alb.* Este es el fruto  
 que rinde á mis estudios el tributo  
 de tantos años.

*Eus.* ¿Qué es lo que contiene?

*Alb.* El trata del origen verdadero  
 de aquel divino y celestial madero,  
 en que animoso y fuerte,  
 muriendo, triunfó Cristo de la muerte.  
 El libro, en fin, se llama  
 milagros de la cruz.

*Eus.* ¡Qué bien la llama  
 de aquel plomo inclemente  
 màs que la cera, se mostró obediente!  
 ¡Pluguiera á Dios, mi mano  
 àntes, que blanco su papel hiciera  
 de aquel golpe tirano,  
 entre su fuego ardiera!  
 Lleva ropa y dinero  
 y la vida, sólo este libro quiero;  
 y vosotros salidle acompañando  
 hasta dejarle libre.

*Alb.* ¡Iré rogando

al Señor, te dé luz para que veas  
el error en que vives.

*Eus.* Si deseas  
mi bien, pídele á Dios que no permita  
muera sin confesion.

*Alb.* Yo te prometo  
seré ministro en tan piadoso efeto,  
y te doy mi palabra,  
(tanto en mi pecho tu clemencia labra)  
que si me llamas en cualquiera parte,  
dejaré mi desierto  
por ir á confesarte:  
un sacerdote soy, mi nombre Alberto,

*Eus.* ¿Tal palabra me das?

*Alb.* Y la confieso  
con la mano.

*Eus.* Otra vez tus plantas beso.  
(*Vase Alberto con Ricardo y los bandoleros.*)

Sale Chilindrina.

*Chil.* Hasta venir á hablarte.  
el monte atravesè de parte á parte.

*Eus.* Qué hay, amigo?

*Chil.* Dos nuevasharto malas.

*Eus.* A mi temor el sentimiento igualas.  
¿Qué son?

*Chil.* Es la primera,  
(decirla no quisiera)  
que al padre de Lisardo  
han dado...

*Ens.* Acaba, que el efecto aguardo.

*Chil.* Comision de prenderte ó de matarte.

*Eus.* Esotra nueva temo  
mas, porque en un confuso extremo

al corazon parece que camina  
toda el alma adivina  
de algun futuro daño.  
¿Qué ha sucedido?

*Chil.* A Julia....

*Eus.* No me engaño

en prevenir tristezas,  
si para ver mi mal, por Julia empiezas.  
Julia no me dijiste?  
Púes eso basta para verme triste.  
Mal haya amen la rigurosa estrella  
que me obligò à querella.  
En fin, Julia, prosigue.

*Chil.* En un convento  
seglar está.

*Eus.* Ya falta el sufrimiento!

¡Que el cielo me castigue  
con tan grandes venganzas,  
de perdidos deseos,  
de muertas esperanzas,  
que de los mismos cielos,  
por quien me deja, vengo á tener zelos!  
Mas ya tan atrevido,  
que viviendo matando,  
me sustento robando,  
no puedo ser peor de lo que he sido:  
despéñese el intento,  
pues ya se ha despeñado el pensamiento.  
Llama á Celio y Ricardo. (¡Amando muero!)

*Chil.* Voy por ellos (vase.)

*Eus.* Ve, y diles que aquí espero.  
Asaltaré el convento que la guarda.  
Ningun grave castigo me acobarda;  
que por verme señor de su hermosura,

tirano amor me fuerza  
 à acometer la fuerza,  
 á romper la clausura,  
 y á violar el sagrado;  
 que ya del todo estoy desesperado.  
 Pues si no me pusiera  
 amor en tales puntos,  
 sólomente lo hiciera  
 por cometer tantos delitos juntos.

Salen Gil y Menga.

*Men.* ¡Mas que encontramos con él  
 según mezquina nació!

*Gil.* Menga, ¿yo no voy aquí?  
 No temas ese cruel  
 capitán de buñuleros,  
 ni el hallarlo te alborote  
 que honda llevo yo, y garrote.

*Men.* Temo, Gil, sus hechos fieros;  
 si no, à Silvia á mirar ponte,  
 cuando aquí la acometió;  
 que doncella al monte entró  
 y dueña salió del monte,  
 que no es peligro pequeño.

*Gil.* Conmigo fuera cruel,  
 que también entro doncel,  
 y pudiera salir dueño. (*Reparan en Eusebio.*)

*Men.* Ha señor, que va perdido,  
 que anda Eusebio por aquí.

*Gil.* No eche, señor, por ahí.

*Eus.* Estos no me han conocido. (*aparte.*)  
 y quiero disimular.

*Gil.* ¿Quiere que aquesse ladron  
 le mate?

*Eus.* Villanos son.— (*aparte,*)

¿Con qué podré yo pagar  
éste aviso?

*Gil.* Con huir  
de ese bellaco.

*Men.* Si os coge,  
señor, aunque no le enoje  
ni vuestro hacer ni decir,  
luego os matará; y creed,  
que con poner, tras la ofensa  
una cruz encima, piensa  
que os hace mucha merced.

Salen Ricardo y Celio.

*Ric.* Dónde le dejaste?

*Cel.* Aquí.

*Gil.* Es un ladron, no le esperes.

*Ric.* Eusebio, qué es lo que que quieres?

*Gil.* Eusebio le llamó?

*Men.* Sí.

*Eus.* Yo soy Eusebio; ¿qué os mueve  
contra mí? No hay quien responda?

*Men.* Gil, tienes garrote y honda?

*Gil.* Tengo el diablo que te lleve.

*Cel.* Por los apacibles llanos  
que hacen del monte la falda,  
á quien guarda el mar la espalda,  
vi un escuadron de villanos  
que armado contra ti viene,  
y pienso que se avecina;  
que así Curcio determina  
la venganza que previene.  
Mira que piensas hacer;  
junta tu gente, y partamos.

*Eus.* Mejor es que ahora huyamos,

que esta noche hay mas que hacer.  
 Venid conmigo los dos,  
 de quien justamente fio  
 la opinion y el honor mio.

*Ric.* Muy bien puedes, que por Dios  
 que he morir á tu lado.

*Eus.* Villanos, vida teneis,  
 solo porque le lleveis  
 á mí enemigo un recado.  
 Decid á Curcio, que yo  
 con tanta gente atrevida  
 sólo defiende la vida,  
 pero que le busco no.  
 Y que no tiene ocasion  
 de buscarme desta suerte,  
 pues no dí á Lisardo muerte  
 con engaño ó con traicion.  
 Cuerpo á cuerpo le matè,  
 sin ventaja conocida,  
 y ántes de acabar la vida  
 en mis brazos le llevé  
 adonde se confesó;  
 digna accion para estimarse.  
 Mas que si quiere vengarse,  
 que he de defenderme yo. —  
 Y agora, porque no vean (*á los bandoleros.*  
 aquestos por donde vamos,  
 atadlos entre estos ramos,  
 vendados sus ojos sean,  
 porque no avisen.

*Ric.* Aquí  
 hay cordel.

*Cel.* Pues llega presto.

*Cil.* De San Sebastian me han puesto.

*Men.* De San Sebastian á mí.  
Mas ate cuanto quisiere,  
señor, como no me mate.

*Gil.* Oye, señor, no me ate,  
y puto sea yo si huyere.  
Jura tú, Menga, tambien  
este mismo juramento.

*Cel.* Ya están atados.

*Eus.* Mi intento  
se va ejecutando bien;  
la noche amenaza oscura  
tendiendo su negro velo:  
Julia, aunque te guarde el cielo,  
he de gozar tu hermosura.

(*Vanse los bandoleros, dejando à Gil y Menga atados.*)

*Gil.* ¿Quién habrá que ahora nos vea,  
Menga, aunque caro nos cueste,  
que no diga que es aqueste  
Peralvillo de la aldea?

*Men.* Vete llegando hácia aquí.  
Gil, que yo no puedo andar.

*Gil.* Menga, venme á desatar,  
y te desataré á ti  
luego al punto.

*Men.* Ven primero  
tú, que ya estás importuno.

*Gil.* Es decir, que vendrá alguno?  
Pondré que falta un arriero  
las tres ánades cantando  
un caminante pidiendo,  
un estudiante comiendo,  
una santera rezando,  
hoy en aqueste camino,  
lo que à ninguno faltó:

mas la culpa tengo yo.

*Dentro.* Hacia esta parte imagino  
que oigo voces; llegad presto.

*Gil.* Señor, en buena hora acuda  
à desatar una duda  
en que ha rato que estoy puesto.

*Men.* Si acaso buscais, señor.  
por el monte algun cordel,  
yo os puedo servir con él.

*Gil.* Este es mas gordo y mejor.

*Men.* Yo, por ser muger, espero  
remedio en las ansias mias.

*Gil.* No repare en cortesias,  
desátame à mí primero.

Salen Tirso. Bras, Cursio y Octavio.

*Tirs.* Hacia aquesta parte suena  
la voz.

*Gil.* Que te quemas!

*Tirs.* Gil,  
¿qué es esto?

*Gil.* El diablo es sutil;  
desata, Tirso, y mi pena  
te diré despues.

*Curc.* ¿Qué es esto?

*Men.* Venga en buen hora, señor,  
à castigar un traidor.

*Curc.* Quién desta suerte os ha puesto?

*Gil.* ¿Quién? Eusebio, que en efeto  
dice... Pero qué sé yo  
lo que dice: él nos dejó  
aquí en semejante aprieto.

*Ters.* No llores pues, que no ha estado  
hoy mny poco liberal

contigo.

*Bras.* No lo ha hecho mal,  
pues á Menga te ha dejado.

*Gil.* Ay Tirso, no lloro yo  
porque piadoso no fué.

*Tirs.* Pues por qué lloras?

*Gil.* ¿Por qué?  
porque á Menga me dejó:  
la de Anton llevó, y al cabo  
de seis, que no parecia,  
halló á su muger un dia;  
hicimos un baile bravo  
de hallazgo, y gastó cien reales.

*Bras.* ¿Bartolo no se casó  
con Catalina, y parió  
á seis meses no cabales?  
Y andaba con gran placer  
diciendo: si tú le vieses.  
lo que otra hace en nueve meses,  
hace en cinco mi muger.

*Tirs.* Ello no hay honra segura.

*Curc.* ¿Qué esto llegue à escuchar yo  
de éste tirano? ¿quién vió  
tan notable desventura?

*Men.* Como destruirle piensa;  
que hasta las mismas mugeres  
tomaremos, si tú quieres,  
las armas para su ofensa.

*Gil.* Que aquí acude es lo mas cierto,  
y toda esta procesion  
de cruces que miras, son,  
señor, por hombres que ha muerto.

*Oct.* Es aquí lo mas secreto  
de todo el monte.

*Curc.* Y aquí  
 fué, cielos, donde yo vi  
 aquel milagroso efecto  
 de inocencia y castidad,  
 cuya beldad atrevido  
 tantas veces he ofendido  
 con dudas, siendo verdad  
 un milagro tan patente.

*Oct.* Señor, ¿qué nueva pasión  
 causa tu imaginación?

*Curc.* Rigores que el alma siente,  
 son, Octavio; y mis enojos,  
 para publicar mi mengua,  
 como los niego á la lengua,  
 me van saliendo á los ojos.  
 Haz, Octavio, que me deje  
 solo esa gente que sigo,  
 porque aquí de mí y conmigo  
 hoy á los cielos me queje.

*Oct.* Ea, soldados, despejad.

*Bras.* ¿Qué decis?

*Tirs.* ¿Qué pretendéis?

*Gil.* Despiojad, ¿no lo entendéis?  
 que nos vamos á espulgar,

*Curc.* ¿A quién no habrá sucedido,  
 tal vez lleno de pesares,  
 descansar consigo á solas,  
 por no descubrirse á nadie?  
 Yo, à quien tantos pensamientos  
 à un tiempo aflijen, que hacen  
 con lágrimas y suspiros  
 competencia al mar y al aire,  
 compañero de mí mismo  
 en las mudas soledades

con la pension de mis bienes  
quiero divertir mis males.  
Ni las aves, ni las fuentes  
sean testigos bastantes,  
que al fin las fuentes murmuran,  
y tienen lengua las aves,  
No quiero más compañía  
que aquestos rústicos sauces;  
pues quien escucha y no aprende  
será fuerza que no hable.  
Teatro este monte fué  
del suceso mas notable,  
que entre prodigios de zelos  
cuentan las antigüedades  
de una inocente verdad.  
¿Pero quién podrá librarse  
de sospechas, en quien son  
mentirosas las verdades?  
Muerte de amor son los zelos,  
que no perdonan á nadie,  
ni por humilde le dejan,  
ni le respetan por grave.  
Aquí pues, donde yo digo,  
Rosmira y yo.... de acordarme,  
no es mucho què el alma tiemble,  
no es mucho que la voz falte;  
que no hay flor que no me asombre,  
no hay hoja que no me espante,  
no hay piedra que no me admire,  
tronco que no me acobarde,  
peñasco que no me oprima  
monte que no me amenace;  
porque todos son testigos  
de una hazaña tan infame,

Saqué al fin la espada, y ella,  
sin temerme y sin turbarse,\*  
porque en riesgos de amor nunca  
el inocente es cobarde,  
esposo, dijo, detente;  
no digo que no me mates,  
si es tu gusto, porque yo  
¿cómo he de poder negarte  
la misma vida que es tuya?  
Súlo te pido, que ántes  
me digas por lo que muero,  
y déjame que te abrace  
Yo la dije: en tus entrañas,  
como la víbora, traes  
á quien te ha de dar la muerte.  
Indicio ha sido bastante  
el parto infame que esperas:  
mas no le verás, que ántes,  
dándote muerte, seré  
verdugo tuyo y de un ángel.  
Si acaso, me dijo entónces,  
si acaso, esposo, llegaste  
á creer flaquezas mías,  
justo será que me mates.  
Mas á esta cruz abrazada,  
á esta que estaba delante,  
prosiguió, doy por testigo  
de que no supe agraviarte  
ni ofenderte; que ella sola  
será justo que me ampare.  
Bien quisiera entónces yo,  
arrepentido, arrojarme  
á sus piés. porque se via  
su inocencia en su semblante.

El que una traicion intenta.  
ántes mire lo que hace;  
porque una vez declarado,  
aunque procure enmendarse,  
por decir que tuvo causa,  
lo ha de llevar adelante.  
Yo pues, no porque dudaba  
ser la disculpa bastante,  
sino porque mi delito  
más amparado quedase,  
el brazo levanté airado,  
tirando por varias partes  
mil heridas; pero sólo  
las ejecuté en el aire.  
Por muerta al pié de la cruz  
quedó, y queriendo escaparme,  
á casa llegué, y halléla  
con mas belleza que sale  
el alba, cuando en sus brazos  
nos presenta el sol infante.  
Ella en sus brazos tenia  
à Julia divina imágen  
de hermosura y discrecion:  
(¿qué gloria pudo igualarse  
á la mía?) que su parto  
había sido aquella tarde  
al mismo pié de la cruz;  
y por divinas señales,  
con que al mundo descubría  
Dios un milagro tan grande,  
la niña que habia parido  
dichosa con señas tales,  
tenía en el pecho una cruz  
labrada de fuego y sangre.

Pero que tanta ventura  
templaba el que se quedase  
otra criatura en el monte;  
que ella, entre penas tan graves,  
sintió haber parido dos;  
y yo entónces....

Sale Octavio.

*Oct.* Por el valle  
atraviesa un escuadron  
de bandoleros; y ántes  
que cierre la noche triste,  
serà bien, señor, que bajes  
á buscarlos, no oscurezca,  
porque ellos el monte saben,  
y nosotros no.

*Cure:* Pues junta  
la gente vaya adelante;  
que no hay gloria para mí  
hasta llegar á vengarme,

(*Van se.*)

Sale Eusebio, Ricardo y Celio con una escala.

*Ric.* Llega con silencio y pon  
á esa parte las escalas;

*Eus.* Icaro seré sin alas,  
sin fuego seré Faeton:  
escalar al sol intento,  
y si me quiere ayudar  
la luz, tengo de pasar  
mas allá del firmamento.  
Amor ser tirano enseña.  
En subiendo yo, quitad  
esa escala, y esperad  
hasta que os haga una seña.

Quien subiendo se despeña,  
 suba hoy y baje ofendido,  
 en cenizas convertido;  
 que la pena del bajar,  
 no será parte á quitar  
 la gloria de haber subido.

*Ric.* ¿Qué esperas?

*Cel.* ¿Pues qué rigor  
 tu altivo orgullo embaraza?

*Eus.* ¿No veis cómo me amenaza  
 un vivo fuego?

*Ric.* Señor,  
 fantasmas son del temor.

*Eus.* ¿Yo temor?

*Cel.* Sube.

*Eus.* Ya llego,  
 aunque á tantos rayos ciego,  
 Por las llamas he de entrar,  
 que no lo podrá estorbar  
 de todo el infierno el fuego.

(*Sube y entra.*)

*Cel.* Ya entró.

*Ric.* Alguna fantasía  
 de su mismo horror fundada,  
 en la idea acreditada,  
 ó alguna ilusion sería.

*Gil.* Quita la escala.

*Ric.* Hasta el dia  
 aquí le hemos de esperar.

*Cel.* Atrevimiento fué entrar,  
 aunque yo de mejor gana  
 me fuera con mi villana;  
 más despues habrá lugar.

(*Vanse.*)

Sale Eusebio.

*Eus.* Por todo el convento he andado  
sin ser de nadie sentido,  
y por cuanto he discurrido,  
de mi destino guiado,  
à mil celdas he llegado  
de religiosas, que abiertas  
tienen las estrechas puertas,  
y en ninguna á Julia vi.  
¿Dónde me llevais así,  
esperanzas siempre inciertas?  
¿Qué horror! qué silencio mudo!  
¿qué oscuridad tan funesta!  
luz hay aquí; celda en esta,  
y en ella Julia. ¿Qué dudo?  
*(Corre una cortina, y está Julia durmiendo.)*  
¿Tan poco el valor ayudo,  
que ahora en hablarla tardo?  
¿Qué es lo que espero? ¿qué aguardo?  
Mas con impulso dudoso,  
si me animo temeroso,  
animoso me acobardo.  
Más belleza la humildad  
deste traje la asegura;  
que en la mujer la hermosura  
es la misma honestidad.  
Su peregrina beldad,  
de mi torpe amor objeto,  
hace en mi mayor efeto;  
que á un tiempo á mi amor incito  
con la hermosura apetito,  
con la honestidad respeto,  
¡Julia! ¡Ah Julia!

- Jul.* Quién me nombra?  
Mas cielos, ¿qué es lo que veo?  
¿Eres sombra del deseo,  
ó del pensamiento sombra,
- Eus.* ¿Tanto el mirarme te asombra?
- Jul.* ¿Pues quién habrá que no intente  
huir de tí?
- Eus.* Julia detente.
- Jul.* ¿Qué quieres, forma fingida,  
de la idea repetida,  
sólo á la vista aparente?  
¿Eres, para pena mia,  
voz de la imaginacion?  
¿retrato de la ilusion?  
¿cuerpo de la fantasía  
¿fantasma en la noche fría?
- Eus.* Julia, escucha, Eusebio soy,  
que vivo á tus piés estoy;  
que si el pensamiento fuera,  
siempre contigo estuviera.
- Jul.* Desengañándome voy  
con oírte, y considero  
que mi recato ofendido  
más te quisiera fingido,  
Eusebio, que verdadero;  
donde yo llorando muero,  
donde yo vivo penando.  
¿Qué quieres? ¿estoy temblando!  
¿qué buscas? ¿estoy muriendo!  
¿qué emprendes? ¿estoy temiendo!  
¿qué intentas? ¿estoy dudando!  
¿Cómo has llegado hasta aquí?
- Eus.* Todo es extremos amor,  
y mi pena y tu rigor

hoy han de triunfar de mi.  
Hasta verte aquí, sufrí  
con esperanza segura;  
pero viendo tu hermosura  
perdida, he atropellado  
el respeto de sagrado,  
y la ley de la clausura.  
De lo cierto ú de lo injusto  
los dos la culpa tenemos,  
y en mi vienen dos extremos,  
que son la fuerza y el gusto.  
No puede darle disgusto  
al cielo mi pretension;  
ántes desta ejecucion,  
casada eres en secreto,  
y no cabe en un sugeto  
matrimonio y religion.

*Jul.* No niego el lazo amoroso,  
que hizo con felicidades  
unir à dos voluntades,  
que fué su efecto forzoso,  
que te llamé amado esposo;  
y que todo eso fué así  
confieso; pero ya aquí,  
con voto de religiosa,  
à Cristo de ser su esposa  
mano y palabra le di.  
Ya soy suya, ¿qué me quieres?  
Vete, porque el mundo asombres,  
donde mates á los hombres,  
donde fuerces las mugeres.  
Vete, Eusebio; ya no esperes  
fruto de tu loco amor;  
para que te cause horror,

que estoy en sagrado piensa.

*Eus.* Cuanto es mayor tu defensa,  
es mi apetito mayor.

Ya las paredes salté  
del convento, ya te vi;  
no es amor quien vive en mí,  
causa mas oculta fué.  
Cumple mi gusto, ò diré  
que tú misma me has llamado,  
que me has tenido encerrado  
en tu celda muchos dias:  
y pues las desdichas mias  
me tienen desesperado,  
daré voces: sepan....

*Jul.* Tente,  
Eusebio, mira.... (¡ay de mí!)  
pasos siento por aquí,  
al coro atraviesa gente.  
¡Cielos, no sé lo que intente!  
Cierra esa celda, y en ella  
estarás, pues atropella  
un temor á otro temor.

*Eus.* ¡Qué poderoso es mi amor!

*Jul.* ¡Qué rigurosa es mi estrella!

(vanse.)

Salen Ricardo y Celio.

*Ric.* Ya son las tres, mucho tarda,

*Cel.* El que goza su ventura,  
Ricardo, en la noche oscura,  
nunca el claro sol aguarda.  
Yo apuesto que le parece  
que nunca el sol madrugó  
tanto, y que hoy apresuró  
su curso.

- Ric.* Siempre amanece  
 más temprano à quien desea;  
 pero al que goza mas tarde.
- Cel.* No creas que al sol aguarde  
 que en el oriente se vea.
- Ric.* Dos horas son ya.
- Cel.* No creo  
 que Eusebio lo diga.
- Ric.* Es justo;  
 porque al fin son de su gusto  
 las horas de tu deseo.
- Cel.* ¿No sabes lo que he llegado  
 hoy, Ricardo, á sospechar?  
 que Julia le envió á llamar.
- Ric.* Pues si no fuera llamado,  
 ¿quién á escalar se atreviera  
 un convento?
- Cel.* ¿No has sentido,  
 Ricardo, à esta parte ruido?
- Ric.* Sí.
- Cel.* Pues llega la escalera.

Salen por lo alto Julia y Eusebio.

*Eus.* Déjame, muger.

*Jul.* ¿Pues cuando  
 vencido de tus deseos,  
 movida de tus suspiros,  
 obligada de tus ruegos,  
 de tu llanto agradecida,  
 de voces à Dios ofendo,  
 como á Dios, y como á esposo,  
 mis brazos dejás, haciendo  
 sin esperanzas desdenes,  
 y sin posicion desprecios?

¿Dónde vas?

*Eus.* Muger ¿qué intentas?

Déjame, que voy huyendo  
de tus brazos, porque he visto  
no sé qué deidad en ellos.  
Llamas arrojan tus ojos,  
tus suspiros son de fuego,  
un volcan cada razon,  
un rayo cada cabello,  
cada palabra es mi muerte,  
cada regalo un infierno:  
tantos temores me causa  
la cruz que he visto en tu pecho;  
señal prodigiosa ha sido,  
y no permitan los cielos  
que, aunque tanto los ofenda,  
pierda á la cruz el respeto.  
Pues si la hago testigo  
de las culpas que cometo,  
¿con que vergüenza despues  
llamarla en mi ayuda puedo?  
Quédate en tu religion.  
Julia, yo no te desprecio,  
que más ahora te adoro.

*Jul.* Escucha, detente, Eusebio.

*Eus.* Esta es la escala.

*Jul.* Detente,  
ó llévame allá.

*Eus.* No puedo,  
pues qué, sin gozar la gloria  
que tanto esperé, te dejo.  
Válgame el cielo! cai.

(*baja.*)

*Ric.* Qué ha sido?

(*cae,*)

*Eus.* ¿No veis el viento

poblado de ardientes rayos?  
 ¿No mirais sangriento el cielo,  
 que todo sobre mi viene?  
 ¿Dónde estar seguro puedo,  
 si airado el cielo se muestra?  
 Divina cruz, yo os prometo,  
 y os hago solemne voto  
 con cuantas cláusulas puedo,  
 de en cualquier parte que os vea,  
 las rodillas por el suelo,  
 rezar un Ave María.

*(Levántase, y vanse los tres, dejando la escala puesta.)*

*Jul.* Turbada y confusa quedo.

¿Aquestas fueron, ingrato,  
 las firmezas? ¿Estos fueron  
 los extremos de tu amor?

¿ó son de mi amor extremos?

Hasta vencerme á tu gusto.

con amenazas, con ruegos,

aquí amante, allí tirano,

porfiaste; pero luego

que de tu gusto y mi pena

pudiste llamarte dueño,

ántes de vencer huiste.

¿Quién, sino tú, venció huyendo?

¿Muerta soy, cielos piadosos!

¿Por qué introdujo venenos

naturaleza, si había,

para dar muerte, desprecios?

Ellos me quitan la vida,

pues que con nuevo tormento

lo que me desprecia busco.

¿Quién vió tan dudoso efecto

de amor? Cuando me rogaba

con mil làgrimas Eusebio,  
le dejaba; pero ahora,  
porque él me deja, le ruego.  
Tales somos las mugeres,  
que contra nuestros deseos,  
aun no queremos dar gusto  
con lo mismo que queremos.  
Ninguno nos quiera bien,  
si pretende alcanzar premio;  
que queridas despreciamos,  
y aborrecidas queremos.  
No siento que no me quiera,  
solo que me deje siento.  
¿Por aquí cayó, tras él  
me arrojaré. Mas qué es esto?  
¿Esta no es escala? Sí.  
¿Qué terrible pensamiento!  
Detente, imaginacion,  
no me despeñes; que creo  
que si llego á consentir,  
á hacer el delito llego.  
¿No saltó Eusebio por mí  
las paredes del convento?  
¿No me holgué de verle yo  
en tantos peligros puesto  
por mi causa? pues ¿qué dudo?  
¿qué me acobardo? ¿qué temo?  
Lo mismo haré yo en salir  
que él en entrar? si os lo mismo,  
tambien se holgarà de verme  
por su causa en tales riesgos.  
Ya por haber consentido,  
la misma culpa merezco;  
¿pues si es tan grande el pecado,

por qué el gusto ha de ser ménos?  
¿Si consentí, y me dejó  
Dios de su mano, no puedo  
de una culpa, que es tan grande,  
tener perdon? pues ¿qué espero?

*(Baja por la escala.)*

Al mundo, al honor, á Dios  
hallo perdido el respeto,  
cuando á ceguedad tan grande  
vendados los ojos vuelvo.  
Demonio soy, que he caido  
despeñado deste cielo,  
pues sin tener esperanza  
de subir, no me arrepiento.  
Ya estoy fuera de sagrado,  
y de la noche el silencio  
con su oscuridad me tiene  
cubierta de horror y miedo.  
Tan deslumbrada camino,  
que en las tinieblas tropiezo,  
y aún no caigo en mi pecado.  
¿Dónde voy? ¿qué hago? ¿qué intento?  
Con la muda confusion  
de tantos errores, temo  
que se me altere la sangre,  
que se me erize el cabello.  
Turbada la fantasía,  
en el aire forma cuerpos,  
y sentencias contra mí  
pronuncia la voz del eco.  
El delito, que ántes era  
quien me animaba soberbio,  
es quien me acobarda ahora.  
Apénas las plantas puedo

mover, que el mismo temor  
 grillos á mis piés ha puesto.  
 Sobre mis hombros parece  
 que carga un prolijo peso  
 que me oprime, y toda yo  
 estoy cubierta de hielo.  
 No quiero pasar de aquí,  
 quiero volverme al convento,  
 donde de aqueste pecado  
 alcance perdon; pues creo  
 de la clemencia divina,  
 que no hay luces en el cielo,  
 que no hay en el mar arenas,  
 no hay átomos en el viento,  
 que, sumados todos juntos,  
 no sean número pequeño <sup>á</sup><sub>o</sub>  
 de los pecados que sabe  
 Dios perdonar. Pasos siento,  
 á esta parte me retiro  
 en tanto que pasan; luego  
 subiré sin que me vean.

Salen Ricardo y Celio.

*Ric.* Con el espanto de Eusebio  
 aquí se quedó la escala,  
 y ahora por ella vuelvo,  
 no aclare el día y la vean  
 á esta pared.

*(Quitan la escala y vánse y Julia llega donde estaba la  
 escala.)*

*Jul.* Ya se fueron;  
 ahora podré subir  
 sin que me sientan. ¿Qué es esto?  
 ¿No es aquesta la pared

de la escala? Pero creo  
 que hácia estotra parte está.  
 Ni aquí tampoco está. ¡Cielos!  
 ¿Como he de subir sin ella?  
 Mas ya mi desdicha entiendo;  
 desta suerte me negais  
 la entrada vuestra, pues creo  
 que, cuando quiero subir  
 arrepentida, no puedo.  
 Pues si ya me habeis negado  
 vuestra clemencia, mis hechos  
 de muger desesperada  
 daràn asombros el cielo,  
 darán espantos al mundo,  
 admiracion à los tiempos,  
 horror al mismo pecado,  
 y terror al mismo infierno.

### JORNADA III.

---

Sale Gil con muchas cruces, y una muy grande en el pecho.

*Gil.* Por leña á este monte voy,  
 que Menga me lo ha mandado,  
 y para ir seguro, he hallado  
 una brava invencion hoy.  
 De la cruz, dicen, que es  
 devoto Eusebio; y así  
 he salido armado aquí  
 de la cabeza á los pies.  
 Dicho y hecho; él es par diez!  
 No encuentro, lleno de miedo,  
 donde estar seguro puedo;

sin alma quedo. Esta vez,  
no me ha visto, yo quisiera  
esconderme hacia este lado.  
Mientras pasa, yo he tomado  
por guarda una cambronera  
para esconderme. No es nada,  
tanta pua es la mas chica:  
¡pléguate Cristo! mas pica  
que perder una trocada,  
mas que sentir un desprecio  
de una dama Fierabrás,  
que á todos admite, y más  
que tener celos de un necio.

Sale Eusebio:

*Eus.* No sé à donde poder ir;  
larga vida un triste tiene,  
que nunca la muerte viene  
à quien le cansa el vivir.  
Julia yo me vi en tus brazos;  
cuando tan dichoso era;  
que de tus brazos pudiera  
hacer amor nuevos lazos.  
Sin gozar al fin dejé  
la gloria que no tenia;  
mas no fué la causa mia,  
causa mas secreta fué;  
pues teniendo mi albedrío,  
superior efecto ha hecho,  
que yo respeté en tu pecho  
la cruz que tengo en el mio.  
Y pues con ella los dos,  
¡ay Julia! habemos nacido,  
secreto misterio ha sido

que lo entiende sólo Dios.

*Gil.* Mucho pica, ya no puedo  
mas sufrillo. (aparte.

*Eus.* Entre estos ramos  
hay gente. ¿Quién va?

*Gil.* Aquí echamos  
á perder todo el enredo.

*Eus.* Un hombre á un árbol atado;  
y una cruz al cuello tiene;  
cumplir mi voto conviene  
en el suelo arrodillado.

*Gil.* ¿A quién, Eusebio, enderezas  
la oracion, ú de que tratas?  
Si me adoras, ¿qué me atas?  
si me atas, ¿qué me rezas?

*Eus.* Quén es?

*Gil.* A Gil no conoces?  
Desde que con el recado  
aquí me dejaste atado,  
no han aprovechado voces  
para que alguien (que rigor)  
me llegase á desatar.

*Eus.* Pues no es aqueste el lugar  
donde te dejé.

*Gil.* Señor!  
es verdad: mas yo que vi  
que nadie llegaba, he andado,  
de árbol en árbol atado,  
hasta haber llegado aquí.  
Aquesta la causá fué  
de suceso tan extraño.

*Eus.* Este es simple, y de mi daño (aparte.  
cualquier suceso sabré.—  
Gil, yo te tengo aficion

desde que otra vez hablamos,  
y aquí quiero que seamos  
amigos.

*Gil.* Tiene razon;  
y quisiera, pues nos vemos  
tan amigos, no ir allà,  
sino andarme por acá,  
pues aquí todos serémos  
buñuleros, que diz que es  
holgada vida, y no andar  
todo el año á trabajar.

*Eus.* Quédate conmigo pues.

Sale Ricardo y bandoleros, y traen á Julia vestida de hombre y cubierta  
el rostro.

*Ric.* En lo bajo del camino,  
que esta montaña atraviesa,  
ahora hicimos una presa,  
que segun es, imagino  
que te dè gusto.

*Eus.* Está bien,  
luego della tratarémos.  
Sabe ahora que tenemos  
un nuevo soldado.

*Ric.* Quién?

*Gil.* Gil; no me vé?

*Eus.* Este villano,  
aunque lé veis inocente,  
conoce notablemente  
desta tierra monte y llano,  
y en él será nuestra guía:  
fuera desto, al campo irá  
del enemigo, y será  
en él mi perdida espía.  
Arcabuz le podeis dar,

y un vestido.

*Cel.* Ya está aquí.

*Gil.* Tengan lástima de mí,  
que me quedo á embandolear.

*Eus.* ¿Quién es ese gentil hombre  
que el rostro encubre?

*Ric.* No ha sido  
posible que haya querido  
decir la patria, ni el nombre;  
porque al capitán no más  
dice que lo ha de decir.

*Eus.* Bien te puedes descubrir,  
pues ya en mi presencia estás,

*Jul.* Sois el capitán?

*Eus.* Sí.

*Jul.* ¡Ay Dios!

(*aparte.*)

*Eus.* Dime quién eres, y á qué  
veniste.

*Jul.* Yo lo diré  
estando solos los dos.

*Eus.* Retiraos todos un poco.  
(*Vanse y quedan los dos solos.*)

Ya estás á solas conmigo,  
sólo árboles y flores  
pueden ser mundos testigos  
de tus voces; quita el velo  
con que cubierto has traído  
el rostro, y dime: ¿quién eres?  
¿dónde vas? ¿qué has pretendido?  
Habla.

*Jul.* Porque de una vez (*saca la espada.*)  
sepas á lo que he venido,  
y quien soy, saca la espada;  
pues desta manera digo

que soy quien viene à matarte.

*Eus.* Con la defensa resisto  
tu osadía y mi temor,  
porque mayor habia sido  
de la accion, que de la voz.

*Jul.* Riñe, cobarde, conmigo,  
y verás que con tu muerte  
vida y confusion te quito.

*Eus.* Yo por defenderme, mas  
que por ofenderte, riño,  
que ya tu vida me importa;  
pues si en este desafio  
te mato no sé por qué,  
y si me matas, lo mismo.  
Descúbrete ahora pues,  
si te agrada.

*Jul.* Bien has dicho,  
porque en venganzas de honor,  
sino es que conste el castigo  
al que fué ofensor, no queda  
satisfecho el ofendido.

(descúbrese.)

¿Conócesme? ¿qué te espantas?  
¿qué me miras?

*Eus.* Que rendido  
á la verdad y á la duda  
en confusos desvaríos,  
me espanto de lo que veo,  
me asombro de lo que miro.

*Jul.* Ya me has visto.

*Eus.* Si, y de verte  
mi confusion ha crecido  
tanto, que si ántes de ahora  
alterados mis sentidos  
desearon verte, ya

desengañados, lo mismo  
 que dieran àntes por verte,  
 dieran por no haberte visto.  
 ¿Tú, Julia, en éste monte?  
 ¿Tú con profano vestido,  
 dos veces violento en ti?  
 ¿Cómo sola aquí has venido?  
 ¿Qué es esto?

*Jul.* Desprecios tuyos  
 son, y desengaños míos,  
 Y porque veas que es flecha  
 disparada ardiente tiro,  
 veloz rayo, una muger  
 que corre tras su apetito,  
 no sólo me han dado gusto  
 los pecados cometidos  
 hasta ahora, mas tambien  
 me le dan, si los repito,  
 Salí del convento, fui  
 al monte, y porque me dijo  
 un pastor, que mal guiada  
 iba por aquel camino,  
 neciamente temerosa,  
 por evitar mi peligro,  
 le aseguré y le di muerte  
 siendo instrumento un cuchillo  
 que él en su cinta traía.  
 Con este, que fué ministro  
 de la muerte, á un caminante,  
 que cortesmente previno  
 en las ancas de un caballo  
 á tanto cansancio alivio,  
 á la vista de una aldea,  
 porque entrar en ella quiso,

le pagué en un despoblado  
con la muerte el beneficio.  
Tres dias fueron y noches  
los que aquel desierto me hizo  
mesa de silvestres plantas,  
lecho de peñascos frios.  
Llegué á una pobre cabaña,  
á cuyo techo pajizo  
juzgué pabellon dorado  
en la paz de mis sentidos.  
Liberal huésped fué  
una serrana conmigo,  
compitiendo en los deseos  
con el pastor su marido.  
A la hambre y al cansancio  
dejé en su albergue rendido  
con buena mesa, aunque pobre  
manjar, aunque humilde, limpio.  
Pero al despedirme dellos,  
habiendo ántes prevenido  
que al buscarme no pudiesen  
decir: nosotros la vimos;  
al cortés pastor, que al monte  
salió á enseñarme el camino,  
maté, y entré donde luego  
hago en su muger lo mismo.  
Mas considerando entónces  
que en el propio trage mio  
mi pesquisidor llevaba,  
mudármele determino.  
Al fin pues, por varios casos  
con las armas y el vestido  
de un cazador, cuyo sueño,  
no imágen, trasunto vivo

fué de la muerte, llegué  
aquí, venciendo peligros,  
despreciando inconvenientes  
y atropellando designios.

*Eus.* Con tanto asombro te escucho,  
con tanto temor te miro,  
que eres al oído encanto,  
si á la vista basilisco.  
Julia, yo no te desprecio,  
pero temo los peligros  
con que el cielo me amenaza,  
y por eso me retiro.  
Vuélvete tú á tu convento;  
que ya temeroso vivo  
de esa cruz, tanto que huyo  
de ti.—Mas qué es este ruido?

Salen los bandoleros.

*Ric.* Preven, señor, la defensa;  
que apartados del camino,  
al monte Curcio y su gente  
en busca tuya han salido.  
(De todas esas aldeas  
tanto el número ha crecido,  
que han venido contra ti  
viejos, mugeres y niños)  
diciendo que ha de vengar  
en tu sangre la de un hijo  
muerto á tus manos, y jura  
de llevarte por castigo,  
ó por venganzas de tantos,  
preso á Sena, muerto ó vivo.

*Eus.* Julia, despues hablaremos.  
Cubre el rostro, y ven conmigo;  
que no es bien que en poder quedés

de tu padre y mi enemigo. —  
 Soldados, éste es el día  
 de mostrar aliento y brio.  
 Porque ninguno desmaye,  
 considere que atrevidos  
 vienen á darnos la muerte,  
 ó prendernos, que es lo mismo:  
 y si no, en pública cárcel,  
 de desdichas perseguidos,  
 y sin honra nos verémos.  
 Pues si esto hemos conocido,  
 ¿por la vida y por la honra,  
 quién temió el mayor peligro?  
 No piensen que los tememos,  
 salgamos á recibirlos;  
 que siempre está la fortuna  
 de parte del atrevido,

*Ric.* No hay que salir; que ya llegan  
 à nosotros.

*Eus.* Prevenios,  
 y ninguno sea cobarde;  
 que ¡vive el cielo! si miro  
 huir alguno ó retirarse,  
 que he ensangrentar los filos  
 de aqueste acero en su pecho  
 primero que en mi enemigo.

*Garc.* (*dentro*) En lo cubierto del monte  
 al traidor Eusebio he visto,  
 y para inútil defensa  
 hace murallas sus ricos.

*Otros.* (*dentro*) Ya entre las espesas ramas  
 desde aquí los descubrimos.

*Jul.* A ellos!

(*vase.*)

*Eus.* Esperad, villanos;

que ¡vive Dios! que teñidos  
con vuestra sangre los campos  
han de ser undosos rios.

*Ric.* De los cobardes villanos  
es el número escesivo.

*Curc.* (dentro) ¡Adónde, Eusebio, te escondes?

*Eus.* No me escondo, ya te sigo.

(*Vanse todos, y disparan arcabuces dentro.*)

Sale Julia.

*Jul.* Del monte que yo he buscado  
apenas las yerbas piso,  
cuando horribles voces oigo,  
marciales campañas miro:  
de la pólvora los ecos,  
y del acero los filos,  
unos ofenden la vista,  
y otros turban el oído.  
¡Mas qué es aquello que veo?  
Desbaratado y vencido  
todo el escuadron de Eusebio  
le deja ya al enemigo,  
Quiero volver á juntar  
toda la gente que ha habido  
de Eusebio, y volver á darle  
favor; que si los animo,  
seré en su defensa asombro  
del mundo, seré cuchillo  
de la parca, estrago fiero  
de sus vidas, vengativo  
espanto de los futuros,  
y admiración destos siglos.

(*vase.*)

Sale Gil de bandolero.

*Gil.* Por estar seguro, apenas  
fui bandolero nocivo,

cuando, por ser bandolero,  
 me veo en tanto peligro.  
 Cuando yo era labrador,  
 eran ellos los vencidos;  
 y hoy, porque soy de la carda,  
 va sucediendo lo mismo.  
 Sin ser avariento traigo  
 la desventura conmigo;  
 pues tan desgraciado soy,  
 que mil veces imagino  
 que, á ser yo judío, fueran  
 desgraciados los judíos.

Salen Meaga, Bras, Tirso y otros villanos

*Men.* ¡A ellos, que van huyendo?

*Bras.* No ha de quedar uno vivo  
 tan solamente.

*Men.* Hacia aquí  
 una de ellos se ha escondido.

*Bras.* Muera este ladron.

*Gil.* Mirad,  
 que yo soy.

*Men.* Ya nos ha dicho  
 el traje que es bandolero.

*Gil.* El traje les ha mentido,  
 como muy grande bellaco.

*Men.* Dale tú.

*Bras.* Pégale digo.

*Gil.* Bien dado estoy y pegado;  
 advertid.

*Tirs.* No hay que advertiros,  
 bandoleros sois.

*Gil.* Mirad  
 que soy Gil, votado à Cristo!

*Men.* ¡Pues no hablaras àntes, Gil?

*Tirs.* ¿Pues, Gil, no la hubieras dicho?

*Gil.* ¿Qué mas àntes, si el yo soy  
os dije desde el principio?

*Men.* ¿Qué haces aquí?

*Gil.* ¿No lo veis?

Ofendo á Dios, en el quinto.  
mato solo más, que juntos  
un médico y un estío.

*Men.* Qué traje es éste?

*Gil.* Es el diablo.

Maté á uno, y su vestido  
me puse.

*Men.* ¿Pues cómo, di,  
no està de sangre teñido,  
si le mataste?

*Gil.* Eso es fácil;  
murió de miedo, esta ha sido  
la causa.

*Men.* Ven con nosotros,  
que victoriosos seguimos  
los bandoleros, que ahora  
cobardes nos han huido.

*Gil.* No más vestido, aunque vaya  
titiritando de frio.

(vanse.)

Salen peleando Eusebio y Curcio.

*Curc.* Ya estamos solos los dos,  
gracias al cielo que quiso  
dar la venganza à mi mano  
hoy, sin haber remitido  
à las agena mi agravio,  
ni tu muerte à agenos filos.

*Eus.* No ha sido en esta ocasion  
airado el cielo conmigo,  
Curcio, en haberte encontrado;

porque si tu pecho vino  
 ofendido, volverá  
 castigado y ofendido.  
 Aunque no sé qué respeto  
 has puesto en mí, que he temido  
 más tu enojo que tu acero:  
 y aunque pudieran tus brios  
 darme temor, solo temo,  
 cuando aquesas canas miro,  
 que me hacen cobarde.

*Curc.* Eusebio,  
 yo confieso que has podido  
 templar en mí de la ira,  
 con que agraviado te miro.  
 gran parte; pero no quiero  
 que pienses inadvertido,  
 que te dan temor mis canas,  
 cuando puede el valor mio.  
 Vuelve à reñir, que una estrella,  
 ó algun favorable signo,  
 no es bastante á que yo pierda  
 la venganza que consigo.  
 Vuelve à reñir.

*Eus* ¿Yo temor?  
 Neciamente has presumido  
 que es temor lo que es respeto;  
 aunque, si verdad te digo,  
 la victoria que deseo  
 es, á tus plantas rendido,  
 pedirte perdon; y á ellas  
 pongo la espada que ha sido  
 temor de tantos.

*Curc.* Eusebio.  
 no has de pensar que me animo

á matarte con ventaja;  
 esta es mi espada. (Así quito *(aparte.*  
 la ocasion de darle muerte.)  
 Ven á los brazos conmigo.  
*(Abrázanse los dos, y luchan.)*

*Eus.* No sé qué efecto has hecho  
 en mí, que el corazon dentro del pecho,  
 á pesar de venganzas y de enojos,  
 en lágrimas se asoma por los ojos,  
 y en confusion tan fuerte.  
 quisiera, por vengarte, darme muerte.  
 Véngate en mí; rendida  
 á tus plantas, señor, está mi vida.

*Curc.* El acero de un noble, aunque ofendido,  
 no se mancha en la sangre de un rendido,  
 que quita gran parte de la gloria  
 el que con sangre borra la victoria.

*Dent.* Hacia aquí están.

*Curc.* Mi jente victoriosa  
 viene á buscarme, cuando temerosa  
 la tuya vuelve huyendo.  
 Darte vida pretendo;  
 escóndete, que en vano  
 defenderè el enojo vengativo  
 de un escuadron villano,  
 y solo tú, imposible es quedar vivo.

*Eus.* Yo, Curcio, nunca huyo  
 de otro poder, aunque he temido el tuyo;  
 que si mi mano aquesta espada cobra,  
 verás cuando valor en ti me falta,  
 que en tu gente me sobra.

*Salen Octavio y todos los villanos.*

*Oct.* Desde el más hondo valle á la más alta  
 cumbre de aqueste monte no ha quedado

alguno vivo; solo se ha escapado  
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde...

*Eus.* Mientes; que Eusebio nunca fué cobarde.

*Todos.* Aquí está Eusebio. ¡Muera!

*Eus.* Llegad, villanos!

*Cure.* ¡Tente, Octavio, espera!

*Oct.* ¿Pues tú, señor, que habias  
de animarnos, ahora desconfias?

*Bra.* Un hombre amparas que en tu sangre y honra  
introdujo el acero y la deshonra?

*Gil.* ¿A un hombre, que atrevido  
toda aquesta montaña ha destruido?  
¿A quien en el aldea no ha dejado  
melon doncella, que él no haya catado?  
Y á quien tantos ha muerto  
¿cómo así le defiendes?

*Oct.* ¿Qué es, señor, lo ¿qué dices? que pretendes?

*Cure.* Esperad, escuchad, (triste suceso!)  
¿Cuando es mejor que á Sena vaya preso?  
Date á presion, Eusebio; que prometo,  
y como noble juro, de ampararte,  
siendo abogado tuyo, aunque soy parte.

*Eus.* Como á Curcio no mas, yo me rindiera;  
mas como á juez, no puedo;  
porque aquel es respeto, y éste es miedo.

*Oct.* ¡Muera Eusebio!

*Cure.* Advertid....

*Oct.* ¿Pues qué? tú quieres  
defenderle? á ¿la patria traidor eres?

*Cure.* ¿Yo traidor? Pues me agravian desta suerte,  
perdona, Eusebio, porque yo el primero  
tengo de ser en darte triste muerte.

*Eus.* Quitate de delante,  
señor, porque tu vista no me espante;

que viéndote, no dudo  
que te tenga tu gente por escudo.

*(Vanse todos peleando con él.)*

*Curc.* Apretándole van. ¡O quién pudiera  
darte ahora la vida,  
Eusebio, aunque la suya misma diera!  
En el monte se ha entrado,  
por mil partes herido,  
retirándose baja despeñado  
al valle. Voy volando;  
que aquella sangre fria,  
que con tímida voz me está llamando,  
algo tiene de mia;  
que sangre, que no fuera  
propia, ni me llamara, ni la oyera. *(vase )*

*Baja despeñado Eusebio.*

*Eus.* Cuando, de la vida incierto,  
me despeña la mas alta  
cumbre, veo que me falta  
tierra donde caiga muerto:  
pero si mi culpa advierto,  
al alma reconocida,  
no el ver la vida perdida  
la atormenta, sino el ver  
como ha de satisfacer  
tantas culpas una vida.  
Ya me vuelve à perseguir  
este escuadron vengativo,  
pues no puedo quedar vivo,  
he de matar ó morir:  
aunque mejor será ir  
donde al cielo perdon pida;  
pero mis pasos impida  
la cruz, porque desta suerte

ellos me den breve muerte,  
y ella me dé eterna vida.  
Arbol, donde el cielo quiso  
dar el fruto verdadero  
contra el bocado primero,  
flor del nuevo paraiso,  
arco de luz, cuyo aviso  
en piélago mas profundo  
la paz publicó del mundo,  
planta hermosa, fértil vid,  
arpa del nuevo David,  
tabla de Moises segundo:  
pecador soy, tus favores  
pido por justicia yo;  
pues Dios en ti padeció  
sólo por los pecadores.  
A mi me debes tus loores;  
que por mí solo muriera  
Dios, si mas mundo no hubiera:  
luego eres tú, cruz, por mí,  
que Dios no muriera en ti  
si yo pecador no fuera,  
Mi natural devocion  
siempre os pidió con fé tanta,  
no permitiéseis, cruz santa,  
muriere sin confesion.  
No seré el primer ladron  
que en vos se confiese á Dios.  
Y pues que ya somos dos,  
y yo no lo he de negar,  
tampoco me ha de faltar  
redencion que se obró en vos.  
Lisardo cuando en mis brazos  
pude ofendido matarte,

lugar di de confesarte,  
 àntes que en tan breves plazos  
 se desatasen los lazos  
 mortales. Y ahora advierto  
 en aquel viejo, aunque muerto,  
 piedad de los dos aguardo.  
 Mira que muero, Lisardo;  
 mira que te llamo, Alberto.

Sale Curcio.

*Curc.* Hàcia aquesta parte está.

*Eus.* Si es que venis á matarme,  
 muy poco hareis en quitarme  
 vida que no tengo ya.

*Curc.* ¿Qué bronce no ablandará  
 tanta sangre derramada?  
 Eusebio, rinde la espaða.

*Eus.* A quién?

*Curc.* A Curcio.

*Eus.* Esta és.

(*Dásela.*)

Y yo tambien á tus piés  
 de aquella ofensa pasada  
 te pido perdon. No puedo  
 hablar màs; porque una herida  
 quita el aliento à la vida,  
 cubriendo de horror y miedo  
 al alma.

*Curc.* Confuso quedo.

¿Serà en ella de provecho  
 remedio humano?

*Eus.* Sospecho  
 que la mejor medicina  
 para el alma es la divina.

*Curc.* Dónde es la herida?

*Eus.* En el pecho.

*Cure.* Déjame poner en ella  
la mano, à ver si resiste  
el aliento (Ay de mí triste!)  
¿Qué señal divina y bella  
es esta, que al conocella  
toda el alma se turbó?

*Eus.* Son las armas que me dió  
esta cruz, á cuyo pié  
nací: porque mas no se  
de mi nacimiento yo.  
Mi padre, á quien no señalo,  
aún la cuna me negó;  
que sin duda imaginó  
que había de ser tan malo.  
Aquí nací.

*Cure.* Y aquí igualo  
el dolor con el contento.  
con el gusto el sentimiento,  
efectos de un hado impío  
y agradable! Ay hijo mio!  
pena y gloria en verte sientto.  
Tú eres, Eusebio, mi hijo,  
si tantas señas advierto.  
que para llojarte muerto  
ya justamente me aflijo.  
De tus razones colijo  
lo que el alma adivinó.  
Tu madre aquí te dejó  
en el lugar que te he hallado;  
donde cometí el pecado,  
el cielo me castigó.  
Ya aqieste lugar previene  
informacion de mi error;  
¿pero cuál seña mayor

que aquesta cruz, que conviene  
con otra que Julia tiene?  
Que no sin misterio el cielo  
os señaló, porque al suelo  
fuerais prodigio los dos.

*Eus.* No puedo hablar, padre! á Dios!  
porque ya de un mortal velo  
se cubre el cuerpo, y la muerte  
niega, pasando veloz,  
para responderte voz,  
vida para conocerte  
y alma para obedecerte.  
Ya llega el golpe más fuerte,  
ya llega el trance mas cierto.  
¡Alberto!

*Curc.* ¡Que llore muerto  
á quien aborrecí vivo!

*Eus.* ¡Ven, Alberto!

*Curc.* ¡O trance esquivo!  
Guerra injusta!

*Eus.* ¡Alberto! ¡Alberto! (*muere.*)

*Curc.* Ya al golpe mas violento  
rindió el último aliento;  
paguen mis blancas canas  
tanto dolor. (*tírase de los cabellos.*)

Sale Bras,

*Bras.* Ya son tus quejas vanas;  
¡cuándo puso inconstante la fortuna  
en tu valor extremos?

*Curc.* En ninguna  
llegó el rigor á tanto.  
Abrasen mis enojos  
éste monte con llanto.  
puesto que es fuego el llanto de mis ojos.

¡O triste estrella! ¡O rigurosa suerte!  
¡O atrevido dolor!

Sale Octavio.

*Oct.* Hoy. Curcio, advierto,  
la fortuna en los males de tu estado,  
cuantos puede sufrir un desdichado.  
El cielo sabe cuanto hablarte siento.

*Curc.* Qué ha sido?

*Oct.* Julia falta del convento.

*Curc.* ¿El mismo pensamiento, di, pudiera  
con el discurso hallar pena tan fiera?  
que es mi desdicha airada  
sucedida aún mayor, que imaginada  
Este cadáver frio,  
éste que ves, Octavio, es hijo mio.  
Mira si basta en confusion tan fuerte  
cualquiera pena destas á una muerte.  
Dádme paciencia, cielos,  
ó quitadme la vida,  
ahora perseguidas  
de tormentos tan fieros.

Sate Gil, Tirso y villanos.

*Gil.* Señor!

*Curc.* ¡Hay más dolor!

*Gil.* Los bandolerss,

que huyeron castigados,  
en busca tuya vuelven, animados  
de un demonio de un hombre,  
que encubre de ellos mismos rostro y nombre.

*Curc.* Ahora que mis penas fueron tales,  
que son lisonjas los mayores males.  
El cuerpo se retire lastimoso  
de Eusebio, en tanto que un sepulcro honrsso  
à sus cenizas de mi desventura.

*Tirs.* ¿Pues cómo piensas darle sepultura

hoy en lugar sagrado,  
cuando sabes que ha muerto escomulgado?

*Bras.* Quién desta suerte ha muerto,  
digno sepulcro sea éste desierto.

*Curc.* ¡O villana venganza!  
¿Tanto poder en tí la ofensa alcanza,  
que pasas desta suerte  
los últimos umbrales de la muerte (*v. llor.*)

*Bras.* Sea en penas tan graves  
su sepulcro las fieras y las aves.

*Otro.* Del monte despeñado  
caiga, por más rigor, despedazado.

*Ters.* Mejor es darle ahora sepultura  
entre de aquestos ramos la espesura.  
Pues ya la noche baja,  
envuelta en esa lóbrega mortaja,  
aquí en el monte, Gil, con él te queda,  
porque sola tu voz avisar pueda,  
si algunas gentes vienen  
de las que huyeron.

*Gil.* Linda fama tienen. (*vanse.*)

A Eusebio han entrado  
allí, y á mí aquí solo me han dejado,  
Señor Eusebio, acuértese, le digo,  
que un tiempo fui su amigo.  
¿Mas qué es esto? ó me engaña mi deseo,  
ó mil personas á esta parte veo.

Sale Alberto.

*Alb.* Viniendo ahora de Roma,  
con la muda suspension  
de la noche, en este monte  
perdido otra vez estoy.  
Aquesta es la parte adonde  
la vida Eusebio me dió,

y de sus soldados temo  
que en grande peligro estoy.

*Eus.* ¡Alberto!

*Alb.* ¿Qué aliento es este  
de una temerosa voz,  
que repitiendo mi nombre  
en mis oídos sonó?

*Eus.* Alberto!

*Alb.* Otra vez pronuncia  
mi nombre, y me pareció  
que es á esta parte; yo quiero  
ir llegando.

*Gil.* Santo Dios!

Eusebio es, y ya es mi miedo  
de los miedos el mayor.

*Eus.* Alberto!

*Alb.* Más cerca suena.  
¿Voz, que discurre veloz  
el viento, y mi nombre dices,  
quién eres?

*Eus.* Eusebio soy;  
llega, Alberto, hácia esta parte,  
adonde enterrado estoy;  
llega, y levanta estos ramos;  
no temas.

*Alb.* No temo yo,

*Gil.* Yo sí. *(Alberto le descubre.*

*Alb.* Ya estás descubierto.

¿Dime de parte de Dios,  
qué me quieres?

*Eus.* De su parte,  
mi fe, Alberto, te llamó,  
para que, ántes de morir,  
me oyese de confesion.

Rato ha que hubiera muerto,  
 pero libre se quedó  
 del espíritu el cadáver;  
 que de la muerte el feroz  
 golpe le privió del uso,  
 pero no le dividió. *(levántase.*

Ven adonde mis pecados  
 confiese, Alberto, que son  
 mas que del mar las arenas  
 y los átomos del sol.

Tanto con el cielo puede  
 de la cruz la devocion,

*Alb.* Pues yo cuantas penitencias  
 hice hasta ahora, te doy,  
 para que en tu culpa sirvan  
 de alguna satisfaccion.

*Gil.* Por Dios, que va por su pié;  
 y para verlo mejor:  
 el sol descubre sus rayos,  
 à decirlo à todos voy.

*Vanse Eusebio y Alberto.*

Salen por el otro lado Julia y algunos bandoleros.

*Jul.* Ahora que descuidados  
 la victoria los dejó  
 entre los brazos del sueño,  
 nos dan bastante ocasion.

*Uno.* Si has de salirlos al paso,  
 por esta parte es mejor;  
 que ellos vienen por aquí.

Salen Curcio y todos.

*Curc.* Sin duda que inmortal soy  
 en los males que me matan,  
 pues no me mata el dolor.

*Gil.* A todas partes hay gente;

sepan todos de mi voz,  
el mas admirable caso  
que jamàs el mundo vió.  
De donde enterrado estaba  
Eusebio, se levantó,  
llamando á un clérigo à voces.  
¿Mas para qué os cuento yo  
lo que todos podeis ver?  
Mirad con la devocion  
que està puesto de rodillas.

*Curc.* Mi hijo! ¿Divino Dios,  
qué maravillas son estas?

*Jul.* ¿Quién vió prodigio mayor?

*Curc.* Así como el santo anciano  
hizo de la absolucion  
la forma, segunda vez  
muerto á sus plantas cayó.

Sale Alberto.

*Alb.* Entre sus grandezas tantas,  
sepa el mundo la mayor  
maravilla de las tuyas,  
porque la ensalce mi voz.  
Despues de haber muerto Eusebio.  
el cielo depositó  
su espíritu en su cadáver,  
hasta que se confesó;  
que tanto con Dios alcanza  
de la cruz la devocion.

*Curc.* ¡Ay hijo del alma mia!  
No fué desdichado, no,  
quien en su trágica muerte  
tantas glorias mereció.  
Así Julia conociera  
sus culpas.

*Jul.*

Válgame Dios!

¿Qué es lo que estoy escuchando?  
 Qué prodigio es éste? ¿Yo  
 soy la que à Eusebio pretende,  
 y hermana de Eusebio soy?  
 Pues sepa Curcio, mi padre,  
 sepa el mundo y toda hoy  
 mis araves culpas; yo misma,  
 asombrada á tanto horror,  
 daré voces; sepan todos  
 cuantos hoy viven, que yo  
 soy Julia en número infame  
 de las malas la peor,  
 Mas ya que ha sido comun  
 mi pecado, desde hoy  
 lo será mi penitencia;  
 pidiendo humilde perdon,  
 al mundo del mal ejemplo,  
 de la mala vida á Dios.

*Curc.* ¡O asombro de las maldades!  
 con mis propias manos yo  
 te mataré, porque sea  
 tu vida y tu muerte atroz.

*Jul.* Valedme vos, cruz divina.  
 que yo mi palabra os doy,  
 de hacer, volviendo al convento,  
 penitencia de mi error.

*(Al querer herirla Curcio, se abraza de la cruz que  
 estaba en el sepulcro de Eusebio, y vuela.)*

*Alb.* ¡Gran milagro!

*Curc.*

Y con el fin  
 de tan grande admiracion,  
 la devocion de la cruz  
 felice acaba su autor.

TULLY, N. 16234

